

santos y de hombres justos desearon recibir y adorar, y no pudieron ver sino de lejos. Si, Filemon, nuestra residencia en nosotros mismos lo encierra todo; ella es el fin y el último resultado de todos los planes de Dios, y del don que nos hizo de Jesucristo y del Evangelio. La eternidad no nos ofrecerá una felicidad fundada sobre otro placer, y únicamente nos dará la perfeccion y el supremo grado de nuestro recogimiento en Dios, y nos fijará invariablemente en la contemplacion y en la posesion de aquella luz indefectible que se unirá á nosotros, que nos penetrará íntimamente, que correrá como un rio por medio de nuestra alma, y que no dejará subsistir en ella sino un solo pensamiento y un solo amor.”

Filemon prosigue refiriendo cuántas lágrimas le costó abandonar su amado retiro, y separarse de un hombre á quien tenia tantas razones para amar, y á quien debia lo que él llamaba su *eterna fortuna*. A esta historia edificativa, añadió la copia de muchas instrucciones llenas de sabiduría y de uncion, que su respetable director le dió escritas de su mano, y en las que le presentó las reglas de conducta que vamos á trasladar, bajo los títulos que nos han parecido mas análogos á los fines y espíritu que reina en ellas.

## CAPÍTULO V.

### SENCILLEZ Y FACILIDAD DE LAS OBLIGACIONES DE LA VIDA EVANGELICA.

Tú me has pedido, Filemon, que te instruya acerca de las obligaciones que te impone la gracia que hay en tí, y de la conducta que debes seguir para conservar la santidad del augusto carácter en que te ha restablecido la divina misericordia: mas si permaneces fiel y sigues lo que te enseña con tanta claridad el Evangelio, no nece-

sitas de direccion trazada por la mano de ningun hombre. Todas cuantas instrucciones te se diesen, no te harian adelantar un solo paso en la carrera de la santificacion, si una vez llegases á perder aquella inclinacion á Dios, el santo amor al retiro, y aquella delicadeza de conciencia que nos hace amables todas las ocasiones que se ofrecen de *meditar los años eternos* y renovar nuestra religion en el seno de nuestro Dios. Aquella propension divina y aquel afecto filial de nuestro corazon por todo lo que nos recuerda la presencia de nuestro Redentor y de nuestro Padre, es la que nos responde de la constancia de nuestra justicia, y sella, por decirlo así, la inmutabilidad de nuestra adopcion en la gloria de Dios.”

“¿Sabes tú, Filemon, cuál es el principio de la desgracia de que recaigan diariamente tantas almas débiles y pusilánimes en su antiguo abatimiento? No es la determinacion precipitada y expresa de una voluntad que se muda de repente; sino la decadencia insensible de aquella inclinacion á recogerlos á orar y adorar, que la dicha de haber vuelto á Dios nos hace por lo comun experimentar en los principios de nuestra conversion. En el momento, pues, que sientas renacer en tí la propension á disiparte, distraerte y correr en pos de las nimiedades frívolas, te considerarás como un hombre á quien su imprudencia ha vuelto á ponerle en las orillas del abismo de donde habia salido con tanta alegría. Esto no es decirte, Filemon, que sea un crimen el distraerte un poco en las inocentes diversiones de la sociedad: todo el peligro estriba en que estas diversiones y frivolidades vengan á ser necesarias, y en que al tiempo que las permitas á la debilidad humana, ó á la decencia de tu estado, no percibas ya la esperanza de encontrar placeres mas reales y verdaderos en el silencio de la vida doméstica, y en la soledad de tu corazon; porque entonces toda la fuerza del interior, se destruye por grados imperceptibles. Nos-

otros estamos anudados sin advertirlo, con todos los hilos que nos vienen de los objetos sensibles; el corazón se seca; el espíritu se anega en pensamientos superfluos; aquella inmensa magestad, que obraba tan vivamente sobre nosotros, pierde en algun modo á cada instante, cierta parte de su peso y energía, á medida que las locas ilusiones se condensan sobre nuestra alma. De allí á poco, todas las verdades mas serias y austeras de la fé, huyen y desaparecen, y ya no nos hieren sino á una distancia tal, que nos parecen como extrañas. Este es el momento en que los sentidos, libres del único freno que los sujetaba, bastan ellos solos para hacernos perder en una ojeada, todo el precio de nuestros largos gemidos, y á reducirnos á una miseria mas deplorable y mas desesperada, que aquella de que nos habia librado la gracia del Redentor.”

“Es, pues, Filemon, una verdad bien perceptible y en la que nunca meditarás demasiado, que el recogimiento dentro de nosotros mismos es la primera basa de nuestra salud, el primer deseo de la religion, y la única seguridad que nos responde de la certeza y de la solidez de nuestra reconciliacion. Jamas he podido ver, sin admirarme, que algunos hombres llenos de luces y del espíritu de la religion, hablen de lo que los santos llamaron *la vida interior*, como de un grado de perfeccion que no es para todos, sino que debe ser el fruto de una larga penitencia y profundo retiro. ¿No sería esto trastornar el orden del edificio de la fé, y hacernos tomar sus mas necesarios fundamentos por el último grado de altura á que puede llegar? El cuidado de estar consigo y de recogerse en su alma, es tan naturalmente el principio de toda prudencia, que cuando á un hombre se le ofrece algun asunto de gravedad, de cualquier especie que sea, vive solo y retirado para meditar profundamente en lo que le interesa; y no es creible que quien está siempre pronto á

abandonar su casa, á comparecer en todas partes, á mirar, decir y escucharlo todo, esté herido de un sentimiento grave, ni tampoco que sea propio para la direccion de algun plan que exija reflexion y exámen.”

“La tranquilidad de los sentidos, y el recogimiento de un alma encerrada en sí misma, son esencialmente los principios elementales de la vida evangélica, y la esencia de las obligaciones del cristianismo; de suerte, que Jesucristo, para armarnos contra todo aquello que podia sacarnos fuera de nosotros mismos, y prepararnos al mismo tiempo á la práctica de la mas alta sabiduría y á la ejecucion de la mas vasta empresa que jamas se ha propuesto á los hombres, no nos prescribe otra cosa sino una precaucion cual todo el mundo observa en sus negocios mas familiares y proyectos mas limitados.”

“Tan cierto es, Filemon, que este esfuerzo de huir de todo el universo y de recogerse en su interior, es el primero y mas natural movimiento de un corazón en quien Dios reside, que así que el tuyo vino á hacerse el trono de su gloria, inmediatamente te dejaste llevar de él solicitándole como el único asilo que te ofrecia verdaderos placeres. Bien víste cómo una luz extraordinaria resplandecia dentro de tí, con la cual te encerraste, sin que nadie te advirtiese la obligacion que tenias de adorarla en un lugar donde nunca la habias percibido, y en donde tú mismo no te habias hallado.”

“¡Oh qué resolucion tan prudente la tuya de destinar la primer hora del dia á la adoracion de Dios y á la meditacion de su santa ley! Pero no cures jamas de saber qué método es preciso en el cumplimiento de esta obligacion gloriosa y consoladora; librate de sujetarte á fórmulas y prácticas, que no harian sino esclavizarte, y turbarte en una accion que debe ser toda del corazón y del sentimiento. No hay ninguna regla para amar, y todo debe ser amor en los obsequios que tributemos á nuestro

**Dios.** Todo es bien hecho, grande, heróico y divino, con tal que proceda de un alma que no quiere sino á su Dios, y que desea con ardor perseverar íntima y eternamente unida con él. El que ama, adora siempre, invoca, da gracias, cree, espera, se arrepiente y lo hace todo. Cuando te postres ante la Magestad soberana, no pienses en lo que has de decirle, ó cómo debes hablarle. El avaro, inmóvil al lado de su tesoro, le mira, calla y le goza. Dios es tu tesoro, Filemon, y si tu corazon se complace en repetir sin cesar esta idea, déjale que se entregue á las dulzuras de un sentimiento tan bello y tan puro; y cree que quien pasase toda su vida en penetrarse de este solo pensamiento, la habria empleado en el ejercicio mas perfecto y mas sublime. Llégate á Dios, y busca su presencia, como un hijo busca la de su padre, á quien ama y necesita. Este hijo no cuida jamas del modo con que deberá presentarse delante del autor de su vida, no estudia el método con que le ha de hablar; su corazon le basta, y se encomienda á su ternura para expresar lo que siente y pedir lo que desea.”

“La única y verdadera preparacion para adorar á Dios, es un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que tenemos de unir y encadenar nuestra flaqueza con aquella gran fuerza en que reside el principio de todos los seres; una vigilancia impenetrable en alejar todo cuanto puede debilitarnos la impresion de las verdades santas sobre lo venidero; una atencion continua á este pensamiento, muy poco meditado y menos conocido, á saber; que el seno de Dios es tan necesario para la verdadera vida de nuestras almas, como lo es la madre de los rios para el aumento y conservacion de cuanto ha nacido en ellos.”

“Dichoso, oh Filemon, el hombre que contempla y adora sin cesar aquel admirable y primer poder que crió el cielo y la tierra. ¡Qué mayor gloria que la de anegarse

en medio de aquel bien infinito é inmutable que se comunica á todos sin dividirse, y alimentarse con aquella verdad soberana y universal que ilumina á todos los espíritus, y es el sol de todas las inteligencias? Aquel, dice el sábio é inmortal Fenelon, que no ha visto nunca esta luz pura, está ciego como un ciego de nacimiento; pasa su vida en una profunda noche, como aquellos pueblos que habitan regiones donde el sol no alumbra en meses enteros; cree ser sábio, y es un insensato; cree verlo todo, y no ve nada; muere sin haber visto cosa alguna; cuando mas, solo ha palpado sombras, falsas apariencias, vanas tinieblas y fantasmas que no tienen nada de realidad. No hay, añade este grande escritor, sobre la tierra hombres verdaderos fuera de aquellos que consultan, aman y siguen la razon eterna. Ella es la que nos inspira cuando pensamos bien, y nos reprende cuando pensamos mal. De ella nos viene la razon, igualmente que la vida, y es como un gran Océano de luces de donde nacen nuestros espíritus, como pequeños riachuelos, y á donde vuelven á confundirse.”

¡Qué progresos tan rápidos harías, Filemon, en la ciencia de los elegidos, si te alimentases sin cesar con estas grandes reflexiones tan propias para elevar nuestras almas, y si cumplieses exactamente con aquellos deberes privados y domésticos de la religion, que son la esencia y realidad de nuestro cristianismo! Conserva con todo esmero aquel hermoso carácter de la verdadera sabiduría, que consiste en una estimacion sincera de todo cuanto puede servir á fijar nuestro amor en las cosas divinas, y en un respeto inviolable por todo aquello que tiene alguna relacion con Dios y con la gloria de su culto. No mires jamas como pequeño é indiferente nada de cuanto pertenece á la religion, pues en su economía todo es de una importancia infinita. Sujétate con simplicidad á lo que veas practicar por los mas pequeños discípulos de la

fé, y no te olvides de que los grandes hombres no se hicieron grandes santos sino poniéndose al nivel de la porción mas oscura y mas ignorante del rebaño del Señor.”

“Este candor y esta inocencia evangélica fueron siempre el carácter mas milagroso de la gracia del Redentor, y el triunfo mas brillante de la virtud de la cruz. Jamas la religion ostentó con mayor pompa y magestad toda la gloria de su divinidad y de su poder, como cuando se la vió abatir á los sábios y á los oráculos del mundo hasta la clase de los ínfimos hombres, y sujetarlos á respetar como doctores y maestros á los labradores y artesanos. Cuanta mayor fuese la energía y elevación de una alma inspirada por el espíritu de Dios, tanto mas propia seria para conocer vivamente que lo que parece escándalo y locura á los ojos del mundo, es sin comparacion mas profundo y mas sábio que toda la sabiduría de los hombres; y siempre será la miserable medianía de un espíritu limitado y comun, la que no pudiendo remontarse hasta la altura de la ciencia de Dios, osará sustituir sus frias y locas ideas á los principios y á las prácticas consagradas por el voto y conducta de los únicos hombres de la tierra, que tienen un derecho incontestable á la veneracion y confianza de todas las edades.”

“Cuantos han querido conservar en el cristianismo la libertad de examinarlo todo, y de añadir á las prácticas y á las obligaciones que todo el cuerpo de los fieles respeta, las modificaciones y excepciones de su vana filosofía, han venido á parar siempre en despreciar y abjurar hasta sus leyes mas fundamentales, formándose unos principios tan destructivos de toda religion, como funestos á la conservacion del orden público. Por todas partes han sido los sofistas el azote de la verdad y los enemigos de la armonía social. ¿Y quiénes son hoy, Filemon, los hombres mas turbulentos y mas peligrosos? No son ciertamente aquellas gentes del pueblo que viven en

lo interior de los campos y provincias; de aquel pueblo que no sabe razonar, pero que sabe obrar; de aquel pueblo tan humilde, tan laborioso y tan moderado, que asiste frecuentemente á oír la voz de su pastor, y paga gustoso el tributo á su soberano. Los verdaderos perturbadores de la religion y del Estado, son aquellos falsos sábios que á fuerza de analizar las verdades sagradas, y de querer disminuir nuestras obligaciones religiosas, destruyen el Evangelio: aquellos que en vez de servirse de sus talentos y de su razon para fortificar en el corazon de sus conciudadanos el santo amor de la justicia, y para asegurar las potestades de la tierra contra las agitaciones de la independencia y del orgullo, se atreven á erigirse públicamente en jueces de sus soberanos, á arreglar los limites de su potestad, determinar hasta qué grado les deben prestar obediencia sus súbditos, y hacer balancear, con las sediciosas máximas que esparcen en medio de los imperios, el único fundamento de todas las sociedades de la tierra.”

“No conserves, Filemon, ninguna señal de tu antigua semejanza con los hombres mas perversos del mundo. Tú los has tratado con bastante intimidad, y habrás tenido mil ocasiones de conocer su profunda corrupcion. Tambien sabes la justicia que se les debe hacer por lo útiles que son á los demas hombres, y por la sinceridad de los sentimientos que ostentan. Cuál sea la solidez de sus principios y de su carácter, lo deducirás de la idea que te formabas de tí mismo cuando usabas el propio lenguaje, y hacias profesion de su misma filosofía. Decían, y decias tú tambien, que era preciso adorar al ente infinito, y ser bueno para con sus semejantes; que toda la religion y la moral se reducía á estos dos puntos; que esta es una ley grabada en lo íntimo de todos los corazones, y que lo demas era supersticion y fanatismo. Con todo, tú sabes que este sistema de conducta, que es lo

menos que puede salvarse del naufragio de la fé, era entonces para ellos y para tí una especulacion vana y estéril; que ni tú ni ellos tuvisteis jamas el pensamiento de cumplir con los deberes respectivos á la divinidad; nunca se vió en vosotros una accion que pareciese religiosa; y que no hubiera sido posible señalar en ninguna circunstancia de vuestra vida aquella diferencia casi imperceptible que distingue al discípulo de la religion natural, del impío que no conoce á Dios.”

“He aquí una verdad de hecho, justificada por el testimonio de tu conducta y el sentimiento de tu propia conciencia, cuyo efecto es tan evidente que no se puede eludir con ningun artificio, y cubre con un oprobio eterno á todos los desertores de la fé, á saber: que el abandono del cristianismo no es sino una renuncia disfrazada de todo principio, de toda virtud y de todo deber; y que las palabras *razon, conciencia y culto natural*, en boca de aquellos que han despreciado el Evangelio, no son mas que unas consideraciones prescritas por la decencia y por la necesidad de encubrir á la vista de los hombres la mas gran depravacion de que es capaz la naturaleza humana.”

“Así, pues, Filemon, acuérdate de que cuando oprimido con el peso de tus vicios y remordimientos, conociste la necesidad de volver al camino de la virtud, el primer paso que diste no fué abrazar la religion natural, sino que volaste directamente á Jesucristo, sin esperar para estrecharte con la cruz que salvó el universo, á que fuese vencida esa dificultad de creer que afectaste siempre y no sentiste jamas. Tal es la espantosa alternativa en que se ven y verán hasta el fin de los siglos aquellos hombres sistemáticos, que son el escándalo de la generacion presente; porque ó perseveran hasta el sepulcro en la estúpida costumbre de no adorar nada en el cielo, y de no depender de nadie en la tierra, ó se refugian directamente al Evangelio, cuando ya no pueden sostener

la vista de su oprobio, ó mueren blasfemando, ó estrechando contra sus labios la señal adorable de la salud del mundo. En vano los partidarios de esta filosofia infernal se esfuerzan á presentarla con el colorido de la indulgencia; nadie ha desertado de Jesucristo sino para librarse de todas las religiones, y todos recurrieron á Jesucristo si quisieron volver á ser hombres y salir de la brutalidad de sus pasiones.”

“Despues de lo que debes á Dios y á la religion, nada te encargo como mas sagrado ni precioso, que lo que debes á tu estado y á la dignidad que obtienes en la sociedad. Por decirlo mejor, el cuidado de su salvacion y el de su estado no son para el hombre de un cristianismo bien entendido sino un solo cuerpo de obligaciones y un mismo orden de respetos. La exactitud en cumplir lo que nos impone nuestra situacion civil es tan esencial para nuestra satisfaccion, que Dios desecharia las adoraciones y los sacrificios que le ofreciésemos en los momentos que son debidos á nuestros hermanos, á nuestra familia ó á nuestros conciudadanos, porque nada de cuanto turba el orden puede servir al aumento de nuestra justicia, y no seria razon que glorificásemos á Dios con obras hechas fuera de tiempo.”

“Feliz el hombre que ama su estado. ¡De cuántas penas y disgustos liberta á su alma esta preciosa disposicion! Pero la religion sola es la que nos da aquella virtud, porque es la única que aprecia infinitamente todas nuestras obligaciones, y por consiguiente les comunica un placer real y efectivo. El verdadero cristiano se cree dichoso dentro de los limites de las ocupaciones que la Divina Providencia le ha señalado; sabe que solo allí puede encontrar las verdaderas riquezas, y que aunque esté destinado á la mas humilde de todas las clases de la sociedad, es mas grande en su estado oscuro y abatido, que si participase con los señores de la tierra del

brillante cuidado de gobernar los imperios; porque está colocado segun la voluntad de Dios, y así disfruta la mas noble y la mas honorifica dignidad que puede tener criatura en el mundo; pues aquel es el centro de su vida, á quien se le debe y pertenece la gloria y el poder que hay en los cielos y en la tierra; y un solo instante de su duracion equivale al inmenso peso de toda la eternidad de Dios. Repara, Filemon, en aquellos operarios que se dedican á beneficiar los metales que encierran los subterráneos. Mientras que los veas, los oigas, y sientas trabajar en la superficie de la tierra y á la luz del dia, no nos presentan sino masas informes y arenas inútiles; pero cuando sepultados en las cavernas profundas, que abandonaron con sus manos laboriosas, ya no se ven ni dejan tampoco sobre sí ningun vestigio de su existencia y de aquel confuso bullicio y estrépito que antes los hacia observar desde muy lejos, tanto que nadie puede saber ni pensar que existan en el mundo semejantes personas; ¡ah! entonces es cuando su sudor riega montones de oro, y sus manos recogen inmensas riquezas. He aquí la imágen de la realidad y solidez de la vida que hace un cristiano modesto, y del valor que la religion da á sus acciones domésticas, á sus continuos cuidados en la educacion de sus hijos, á sus obras mas comunes, y á sus obligaciones mas familiares y pequeñas.”

“*Buenos y fieles siervos*, decia Jesucristo á los hombres cuyos empleos no les daban grande consideracion en el mundo, vuestro estado parece nada á los ojos de las criaturas, pero lo que es ínfimo para ellos, fija en vosotros la atencion y los cuidados de vuestro eterno Remunerador: *y porque vosotros habreis sido cuidadosos en no omitir nada*, y vuestra exactitud se habrá extendido *hasta los mínimos ápices de vuestra administracion*, yo os constituiré un dia depositarios de las cosas mas grandes, os sentareis sobre tronos resplandecientes, vereis á vuestros

piés todas las tribus de la tierra, y sereis introducidos en medio de la pompa y magnificencia de mi último triunfo entre los hombres, *en la alegría eterna de vuestro Señor y de vuestro Padre.*”

“A vista de esto, Filemon, es preciso confesar que aquellos hombres que profesan públicamente la religion de Jesucristo, y no están contentos con el trabajo y sujecion de su estado, *no entienden todavía lo que es el espíritu de Dios*; que carecen de toda disposicion para hallar el verdadero camino que conduce á la santidad, y que aun ignoran los primeros rudimentos *del misterio del reino de Dios*. ¿Por ventura el primer paso de la virtud no es el amor al cumplimiento de sus obligaciones? ¿no es el apreciar con toda sinceridad nuestro respectivo estado, y sacrificarnos inviolablemente á las funciones que trae consigo? ¿No es esto el fundamento de la justicia y la esencia de toda virtud? ¿Por ventura el mundo mismo, tan indulgente con todos los que siguen sus bagatelas y vanas máximas, se atreve á conservar en su estimacion á los que no cumplen las obligaciones y cargos que se les confian? Todos quieren que cada uno cumpla con los deberes que exige su estado; que el militar se mantenga en campaña, el cortesano al lado de su príncipe, el sacerdote en el templo, el magistrado en el santuario de la justicia, la madre de familias recogida en su casa cuidando de sus hijos, el labrador en el campo y el artesano en su taller; porque la exactitud en cumplir cada uno sus obligaciones, constituye una parte esencial de la providencia; y el que es enemigo de su obligacion, lo es tambien del orden y del bien público. ¿Cómo, pues, podria un hombre, que abriga en su corazon las esperanzas eternas, persuadirse de que estaba en el camino que conduce al cumplimiento de ellas, cuando tiene en sí un defecto que le hace despreciable á los ojos mismos de las personas mas indulgentes y que todo lo disculpan?

Aquella criatura que ha de tener unas miras tan altas, y unas luces tan superiores á todos los principios de la moral humana; aquel hombre que sabe que hay *un tesoro eterno escondido en este campo misterioso, y que todo es ganancia* en las obras y en las menores acciones de los hijos de Dios, ¿podrá, con tan grandes motivos para amar su destino, permanecer todavía expuesto á la desgracia de los que viven sin fé y sin esperanza, y á ser, como ellos, el mártir de una inquietud y de una inconstancia que perturba todos los estados de la vida? ¡Oh vida eterna! palabra repetida tantas veces y tan poco entendida! ¡Divina y halagüeña perspectiva que nos abres el inefable abismo de la felicidad soberana! ¿Qué son en tu presencia todos los miserables intereses de nuestra inconstancia, y de la vanidad de nuestros placeres? Fortalecednos, pues, Dios mio, para siempre, en el santo amor de nuestras obligaciones, supuesto que todos los bienes se encierran en ellas, y que no hay en la tierra otro camino que pueda conducirnos *hasta alcanzar la palma de la vocacion excelsa que está en Jesucristo.*

“Si esta virtud te se hubiera propuesto, Filemon, cuando todavía no habias oido el trueno de la voz de Dios, y antes que hubieses experimentado la verdadera felicidad que comunica á todos los que la siguen, sin duda te hubiera parecido demasiado austera. Entonces no conocias ni el espíritu de la religion, ni la solidez de sus preceptos, ni la grandeza de sus promesas: entonces vivias sin principios, sin fin determinado, sin religion, sin esperanza, y no sabias qué hacer ni del tiempo, ni de tí mismo. En ninguna parte estabas contento, y tu alma, destituida de un punto de apoyo y de todo recurso, se impacientaba al ver la triste inaccion que la consumia. De todos los objetos que se presentaban á tu vista, desde el momento de tu melancólico despertar hasta el de tu triste y penoso descanso, nada te afligia tanto como el

ver tu casa, tus negocios y trabajo; porque esto era lo que se oponia mas que todo á tu inconstancia y á la necesidad que tenias de huir de tí mismo. ¡Ah! cuánto debes admirar el poder del Evangelio, que da al hombre otro carácter y otro corazón. A la verdad la virtud de la gracia, que nos renueva y trasforma en unos seres nuevos, no consiste precisamente en aficionarnos á un género de vida incompatible con las distracciones y placeres del mundo; su principal triunfo es criar en nosotros nuevos afectos, haciendo que encontremos nuestra alegría y felicidad en los objetos que antes nos disgustaban y nos eran de una repugnancia casi invencible. El mundo, que advierte que le has abandonado, quizá hace justicia á la firmeza del partido que acabas de tomar de vivir solo para tí, cumpliendo con las obligaciones que te prescribe tu estado. Pero este mismo mundo cree que te has hecho una gran violencia, y que usurpas á tu propia felicidad lo que empleas en el cuidado de tu salvacion y de tus obligaciones. Mas entre tanto que te compadece, sin duda como si te hubieras condenado á las mas amargas privaciones y dolorosos sacrificios, te admiras tú delante de Dios de haber podido permanecer por tanto tiempo sujeto á sus usanzas, y á las locuras de este siglo inquieto y miserable: tranquilo en lo interior de una morada, que tu religiosa aplicacion convierte en un templo, miras todo ese torbellino de pasiones y miserias humanas con la superioridad de un alma refugiada en la inmensa luz de la soberana razon, y preparada ya para descansar con ella eternamente.”

“¿No has visto alguna vez, Filemon, desde la orilla del mar el combate de los vientos disputándose el imperio de las aguas? ¿Aquel bramido espantoso de las olas, que chocando consigo mismas van á estrellarse con tanta fuerza contra las rocas? ¿Aquellas montañas de aguas y de espuma que levantándose hasta el cielo, se preci-

pitan de repente hasta el fondo del abismo? ¿No te ha inspirado aquella vista no sé qué terror, mezclado de cierto placer, que te obligaba á recogerte profundamente dentro de tí mismo? Tales, pues, son las agitaciones, los tormentos, y los furoros implacables de las pasiones y de los intereses humanos. Mas para descubrir y juzgar de este sombrío y tempestuoso espectáculo, es preciso estar colocado fuera del horizonte que le encierra, y mirar desde la altura de la eterna verdad, las alegrías, los afectos, los ódios, las amistades, las querellas, las reconciliaciones, las prosperidades y las desdichas de los hombres: aquel flujo y reflujo de sus placeres, disgustos, temores, esperanzas, planes y empresas, cómo hacen y deshacen, edifican y demuelen, huyen y vuelven á buscar los mismos objetos; cómo se despedazan, engañan y chocan unos con otros, y cómo se suceden las generaciones unas á otras, sustituyéndose al abuelo el padre, y al padre el hijo, sin que ninguno de ellos advierta la espantosa rapidez del movimiento universal que los arrastra al abismo de la muerte. He aquí lo que es el mundo, Filemon, con todas sus desigualdades, inconsecuencias, escándalos y desórdenes. Por lo que á tí toca, no será ya agitada tu vida con estas tempestades; sino que correrá apaciblemente, como el tranquilo riachuelo que lleva por el valle solitario sus aguas cristalinas con una lentitud suave y magestuosa. Mira con cuánta serenidad serpean sus ondas, que parece que no se mueven, y cómo se multiplican por los campos que fertilizan y enriquecen. Aquí en medio del silencio mas profundo, representa su tersa superficie, como la de un espejo resplandeciente, la imágen de los arbolillos y jarales que coronan sus orillas. Allí, corriendo entre pedriscos, con ligero murmullo, convida al fatigado caminante á entregarse á las dulzuras del sueño. Nada tienen de penoso los rodeos de este benéfico arroyuelo, nada de

violento su caída, nada de sospechoso la profundidad de sus aguas, nada de despacible el ruido de su curso; su vista no admira, pero complace; no asombra, pero lisonjea y hechiza los ojos que van siguiendo su camino y variando la uniformidad de su perspectiva agradable, al mismo tiempo que inspira una dulce melancolía, y un género de languidez que absorbe los sentidos. Tal es la imágen del trascurso de los años y de las obras consagradas al espíritu de la religion y de la verdadera filosofía; tales las ocupaciones de una vida retirada y cristiana en su modo de caminar siempre apacible y uniforme. Los hijos del Señor, nunca fatigados con el tiempo presente por emplearlo en llenar sus obligaciones, ni inquietos por el futuro por reservarlo para nuevos ejercicios, disfrutan el placer de ver revivir sus pasadas horas, y reproducirse en lo íntimo de sus conciencias, con el dulce recuerdo de no haberlas empleado en vano, y con la certidumbre de hallar su premio al fin de su amable é inocente carrera.”

“Ya ves, Filemon, cuán sencillos son los caminos de Dios, puesto que para asegurar nuestra salvacion no hay necesidad de recurrir á prácticas misteriosas, ni de formarse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La religion nos deja en la sociedad, no nos arranca de nuestra familia ni estado, ni menos nos prescribe otra cosa, que lo mismo que teniamos que practicar todos los dias; únicamente arregla nuestros designios, purifica nuestras intenciones, y nos ayuda á imprimirles aquel gran carácter de excelencia que las hace útiles á nuestra eterna felicidad. Tampoco nos aterra proponiéndonos que sigamos unas sendas no trilladas, y una especie de singularidad y ostentacion incompatibles con la humildad evangélica y muy impropia de la verdadera penitencia. Los hijos de Jesucristo temen todo cuanto puede hacerlos singulares: su mayor mérito consiste úni-



camente en hacer las cosas mas comunes con unos fines superiores y divinos; en conservar en el cumplimiento de sus obligaciones un corazón magnánimo y noble; y en practicar en lo interior de su casa, ó ante el santuario del Señor, cuando la religion los llama, lo que el Evangelio les enseña mas sublime, olvidándose, digámoslo así, de que viven en medio del mundo. Así todo es verdad y sustancia en el conjunto de sus acciones, todo espíritu y vida en lo íntimo de su alma; y sin que parezcan salir del camino ordinario que siguen los demas hombres, se distinguen delante de Dios por un carácter invisible que los eleva sobre los solios y los tronos. ¿Ves aquella *muger fuerte*, de quien el Espíritu Santo hace un elogio tan magnífico en los libros sagrados? ¿En dónde, dice, *se la hallará?* Si alguno la encuentra, es preciso admirarla y colmarla de alabanzas; porque *todo el oro y todas las riquezas de la tierra no pueden ser comparadas con el valor de un tesoro tan grande y tan raro*. A vista de estas palabras, cualquiera creeria que se trataba de una criatura extraordinaria y destinada á asombrar el mundo por lo prodigioso de su conducta, y por la singularidad de sus famosas acciones: pues no hay nada de eso; y para que nadie pudiese equivocarse, el mismo Espíritu Santo nos presenta clara y distintamente los títulos del mérito y grandeza de esta muger, cuando nos dice *que está retirada y aplicada continuamente en lo interior de su casa*, que cuida de todas las menudencias domésticas, que vela y lo dirige todo, que hace reinar el orden en todo, y que en los intervalos que le permiten la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y el arreglo y distribución de los labores entre los criados, prepara con su mano industriosa la lana y el hilo: de modo que mientras su esposo ejerce las funciones serias en la ciudad, y sostiene un carácter digno y respetable *en la asamblea de los gran-*

*des y jueces del pueblo*, ella se recrea con un trabajo tranquilo y útil, y no se desdenea de *hacer dar vueltas al huso con sus dedos*. Esta es, pues, una muger que en nada se distingue por el exterior de sus mas humildes conciudadanos, que sin causar ningun estrépito vive en la paz y en el silencio de su casa, que camina delante de Dios en la inocencia y simplicidad de su corazón. He aquí la que se verá *en el día postrero nadar en la alegría*, y adelantarse, por medio de la multitud innumerable de generaciones humanas, con una tierna y noble confianza hácia aquel tribunal, cuyo aparato solemne y terrible hará temblar á todas las potestades del universo, y ocupará un lugar *en la ciudad de Dios*, juntamente con los héroes de la gracia y de la eternidad.”

“No, Filemon; el espíritu y los preceptos de la fé, nada ofrecen que pueda desalentar á quien conserva algunas impresiones naturales de virtud, de orden y de prudencia; y nuestra conciencia misma es el mejor testigo de la verdad, necesidad y justicia de la moral de Jesucristo. Muy bien conocemos, cuando la meditamos de buena fé, que se hizo para el hombre, y que cuando no nos viniese de un origen tan puro y tan augusto, la prudencia nos aconsejaría que la tomásemos por regla de nuestra vida y costumbres; porque no hace mas que restituir nuestra razon y entendimiento á su suelo nativo, trayéndonos unas luces y unos principios que nacieron con nosotros mismos. Si alguna cosa tiene de singular y extraordinario, solo es para nuestra mayor dicha, gloria y cumplimiento de nuestras mas amadas esperanzas. Esto es á lo que nos conduce la revelacion y la promesa de su premio, y un destino que por nosotros mismos nunca podíamos imaginar ni atrevernos á desealarle. La sabiduría eterna no descendió á la tierra á fin de enseñarnos á hacer milagros, ni á superar la esfera de las fuerzas humanas; “sino que la gracia de un Dios Salva-

“dor, como dice San Pablo, vino á resplandecer en medio de todos los hombres, para enseñarnos á arrojar los puros de las pasiones y sentidos, y á vivir en la sobriedad, en la justicia y en la caridad, esperando el cumplimiento de la bienaventurada esperanza, y el advenimiento de la gloria del gran Dios, y de Jesucristo nuestro Salvador, que se sacrificó por nosotros para purificarlos de toda mancha, y con el fin de consagrar para sí un pueblo escogido, que no se emplease sino en la práctica de lo bueno, justo y loable.” En estas pocas palabras se encierra la filosofía mas pura y sublime que jamas se ha propuesto á los hombres, y nada tienen, digámoslo así, de sobrenatural, sino el sello de una sancion divina, y la union de una eterna felicidad en los sentimientos impresos naturalmente en el corazon de todos los hombres de bien.”

## CAPITULO VI.

### CONTINUACION DEL ANTECEDENTE.

Filemon refiere aquí una particularidad que dió motivo, por parte de su director, á una segunda instruccion, tan llena de la uncion del espíritu divino como la primera.

“Las lecciones de este santo sacerdote, dice, formaban las delicias de mi corazon, y yo las meditaba sin cesar, sintiendo cada vez nuevos hechizos que hermoseaban el dulce yugo de la religion. Recorriéndolas por la memoria un dia que me estaba paseando por los claustros de los cartujos, llegué á ver en lo mas oculto de un pabellon que formaban unos árboles enramados, á un religioso hincado de rodillas con un Crucifijo en la mano, en quien tenia clavados sus ojos con la mayor ternura, y

que aplicaba repetidas veces á su boca. Me acerqué á él silenciosamente para no interrumpirle, y mirando con particular cuidado sus facciones por entre los frondosos ramos que formaban aquel oculto retiro, me pareció distinguir el rostro del infeliz Oronte, cuya trágica historia dejo referida. Quedé del todo turbado y conmovido al ver una semejanza tan perfecta, y me mantuve inmóvil por largo rato, sin saber si seria él mismo el que estaba presente á mis ojos, ó acaso era ilusion de mi fantasía. ¡Qué es esto, Dios mio! exclamé. ¿Si será Oronte? ¡Mas ay! ¿Cómo el que ya duerme en el sepulcro podrá adoraros entre los vivos? Pero ¿puedo dudar de que es Oronte? . . . Pronuncié sin querer estas palabras en voz bastante alta, cuando levantándose precipitadamente me dijo: No te engañas, Filemon (porque en efecto era él mismo). ¡Ay amigo! continuó, juzgué, sin que nadie llegase jamas á saberlo, sepultar aquí los restos de una vida manchada con los mayores vicios y desórdenes. ¿Por qué raro acaso has venido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este profundo retiro? ¿Pero qué es lo que veo? ¿lloras? . . . ¡Tú con las señales del hombre justo? . . . ¡Gran Dios! ¿habrá herido á un mismo tiempo dos corazones endurecidos con iguales desarreglos, el rayo de vuestra divina voz? Acaba, Filemon, explicame este arcano. Una misma admiracion nos ocupa, y sin duda la divina bondad me reservaba este consuelo, el único que me faltaba despues de tantos como ha derramado incesantemente sobre mí.”

“Luego que volví de aquella primera sorpresa y recobré la tranquilidad de mi ánimo para poderle hablar, le conté cuanto me habia sucedido desde la última mañana que nos vimos, y en la que vinieron á decirme que le habian hallado muerto en su cama. Oronte escuchó toda mi relacion lleno de una admiracion y alegría inexplicable; y si pretendiese descubrir su conmocion y afecto